

JACQUES MARITAIN

TRES DESCRIPCIONES DEL MUNDO CRISTIANO

En traducción especial para nuestra Revista presentamos una parte del Capítulo Primero de la discutida última obra de Maritain "Le Paysan de la Garonne", reseñada en el número primero de "ENCUENTRO".

Uno de los axiomas fundamentales de una sana filosofía de la Historia, yo lo he notado a menudo, es que la historia del mundo progresa al mismo tiempo en la línea del mal y en la del bien. En ciertas épocas -la nuestra por ejemplo- se ven los efectos de este doble progreso simultáneo brotar en una especie de explosión. Esto dificulta cualquier intento de descripción de estos momentos de la historia de los hombres. Es necesario entonces proponer varias descripciones contradictorias, y todas verdaderas sin embargo. Aun las tres descripciones que yo quisiera proponer no tocan más que ciertos aspectos de nuestro tiempo, sus aspectos de orden espiritual.

No nos volvamos ya hacia la Santa Iglesia en su universalidad visiblemente manifestada, volvámonos hacia el mundo occidental (yo hablo de él porque lo conozco un poco menos mal que los otros) y pensemos en el trabajo que se realiza en su interior. La época se nos presenta como una época muy grande. La visión racionalista y la visión positivista del universo parecen definitivamente caducas, se está asqueado de ellas; (olvidemos por un momento que hay algo peor). Una inmensa fermentación espiritual, inmensas aspiraciones religiosas se están realizando. Las almas están ávidas de autenticidad, de franqueza, de entrega a una tarea común; y descubren, con una especie de embriaguez, el misterio del ser humano, las posibilidades y los reclamos del amor fraternal. Es como una nostalgia del Evangelio y de Jesús.

Y ahí donde una llamada más próxima y más urgente es escuchada -sea en los sectores más reducidos aunque más numerosos de lo que se piensa, sea a veces en pequeñísimos grupos, pero cuyas iniciativas cuentan más que todo, (nosotros comenzamos, pobres contemporáneos de la bomba atómica, a conocer el poder de las microacciones (1), ahí se siente una fé ardiente y purificada, una pasión de lo absoluto, un presentimiento ferviente de la libertad, de la amplitud y variedad de los caminos de Dios, un deseo inmenso de la perfección de la caridad, que buscan y encuentran nuevas maneras de

dar la vida en testimonio del amor de Jesús por todos los hombres y de la generosidad del Espíritu de Dios.

He aquí la primera descripción. La segunda es todo lo contrario. Teniendo en vista la fiebre neomodernista fuertemente contagiosa, al menos en los círculos llamados "intelectuales", junto a la cual el modernismo de la época de Pío X no era más que un modesto catarro del heno, y que encuentra expresión sobre todo entre los pensadores más avanzados de nuestros hermanos protestantes, pero es también activa entre los pensadores católicos igualmente avanzados, esta segunda descripción nos pinta el cuadro de una especie de apostasía "inmanente" (yo entiendo que decidida a permanecer cristiana a cualquier precio) en preparación desde hace muchos años, y cuya manifestación ha sido acelerada por ciertas oscuras esperanzas de la parte menos noble del alma, sublevadas aquí y allí con ocasión del Concilio y falsamente imputadas a veces al "espíritu del Concilio" e incluso al "espíritu de Juan XXIII". Nosotros sabemos bien a quien corresponde la paternidad de estas mentiras, (y tanto mejor si por ello el hombre se halla un poco exonerado de las mismas). Pero precisamente ya no se cree en el diablo y en los ángeles malditos. Ni en los ángeles buenos, naturalmente. Ellos no son más que los sobrevivientes etéreos de una imaginaria babilónica.

A decir verdad el contenido objetivo a que se asía la fé de nuestros antepasados era puros mitos, como el pecado original, por ejemplo, (¿acaso nuestra gran preocupación actual no es barrer el complejo de culpa?) y como el Evangelio de la Infancia y como la resurrección de los cuerpos, y como la creación. Y como el Cristo histórico, con toda seguridad. El método fenomenológico y la escuela formalista han cambiado todo. La distinción de la naturaleza y de la gracia es una invención escolástica como la transubstanciación. El infierno, ¿por qué tomarnos el trabajo de negarlo?, es más simple olvidarlo, y es también mejor hacer lo mismo con la Encarnación y con la Trinidad. Francamente ¿acaso la masa de nuestros cristianos piensa ya en estas cosas, o en el alma inmortal y en la vida futura? La Cruz y la Redención, sublimación última de los antiguos mitos y ritos inmolatorios, debemos mirarlos como los grandes y emocionantes símbolos, grabados para siempre en nuestra imaginación, del esfuerzo y de los sacrificios colectivos necesarios para llevar a la naturaleza y a la humanidad al grado de unificación y espiritualización -y de poder sobre la materia- en que ellas serán finalmente liberadas de todas las viejas servidumbres y entrarán en una especie de gloria. ¿La muerte será entonces vencida? La ciencia encontrará tal vez el medio (¿por qué no? Lo soñaba ya Descartes) de volvernos inmortales. Pero no es tanto ésto lo que importa; lo que importa es la perennidad del cosmos, y la inmortalidad de la humanidad glorificada en él y

(1) Los Santos siempre han conocido este poder. Ellos habían leído el Evangelio.

con él.

Nuestra fe, habiendo así eliminado debidamente todo objeto específico, puede venir a ser lo que ella era realmente, una simple aspiración sublimizante; nosotros podremos ser arrebatados en plena euforia por una poderosa corriente de aire, recitar con un fervor iluminado el Símbolo de los Apóstoles (Isímbolo, qué nombre predestinado!) y amar, servir, adorar a Jesús con todo nuestro corazón, al Jesús de la fe y del Cristianismo interior, verdaderamente visceral.

Porque con todo ésto se es más cristiano que nunca. Todo este mundo simplemente ha dejado de creer en la Verdad, y cree solamente en las verosimilitudes prendidas sobre las verdades (es decir las constataciones o verificaciones del detalle observable) que por cierto pronto envejecen. La Verdad con V mayúscula ¿qué quiere decir? "Quid est veritas". Debemos reconocer que este Procurador romano veía claro y más adelante. Es necesario poner minúsculas a todo. "Todo es relativo, he aquí el único principio absoluto", decía ya nuestro Padre Augusto Comte. Porque es cierto que se ha terminado con el positivismo clásico. Pero el hecho es que vivimos en el mundo de Augusto Comte: la Ciencia (el lado de la razón) completada por el Mito (el lado del sentimiento). Comte fué un profeta de primera magnitud.

Yo agrego que él era más honesto que vosotros, estudiosos expurgadores de verdades reveladas, porque él fabricaba los mitos de su "síntesis subjetiva" abierta y francamente en todas sus piezas, y no como vosotros reinterpretaba toda una herencia religiosa a la cual os creéis más fieles que nadie, y tratando de engañar la sed y el corazón de aquellos con quienes imagináis compartir la fe.

Esta segunda descripción da una idea más completa de nuestra época. Con ella, sin embargo, estamos todavía lejos de agotar el tema. Es necesario hacer una tercera descripción que a su vez nos va a descubrir otros aspectos. En efecto, sabemos bien que no podemos atenernos a lo que las gentes expresan en el dominio de la lógica, a lo que ellos son y hacen según los enunciados conceptuales que emplean. Es necesario saber aquello de que se ocupa su siquismo interior, es decir lo que ellos son y hacen en el dominio singular de lo irreductiblemente subjetivo y de lo irracional, conocer a veces lo que escapa a su propia conciencia.

Desde este punto de vista se puede señalar que entre todos los que hablan como Pilatos hay muchos que no rechazan deliberadamente este deseo de la Verdad sin el cual no se es hombre. Entre todos los hombres de ciencia (o pseudocientíficos) que parecen preocupados únicamente en inventar nuevas aproximaciones o nuevas hipótesis, hay seguramente muchos que en realidad, a pesar de lo que digan, no desean tanto buscar sino encontrar. ¿Se tomarían ellos tantos cuidados y fatigas en buscar las verdades o verificaciones de un día si en las regiones inconscientes o supra-

conscientes de su espíritu no buscasen y no amasen la Verdad sin saberlo ellos mismos?

Pero, por otra parte, lo que importa sobre todo señalar, es que el modernismo desaforado de hoy es irremediabilmente ambivalente. Por sí mismo tiende a destruir la fé cristiana, lo cual niega, se empeña lo mejor que puede en vaciarla de todo contenido. Pero hay muchos que se adhieren a él como un esfuerzo para rendir a esta fé una especie de testimonio desesperado. Porque es con sinceridad, ciertamente, y a veces con la fiebre y la angustia de un alma fundamentalmente religiosa, que los corifeos de nuestro neomodernismo se declaran cristianos. No olvidemos que son víctimas de una cierta filosofía pre-admitida, de una Gran Sofística (se conoce el ser a condición de ponerlo entre paréntesis o de hacer abstracción de él) sobre la cual yo tendré algo que decir en otro capítulo, que permite hablar con inteligencia, y tocando las fibras de nuestro corazón, de un montón de cosas que el positivismo había desechado, pero ha tenido más éxito que el positivismo en impedirnos ver en ellas la menor realidad extramental, la menor realidad independiente de nuestro espíritu; no le queda a la inteligencia más que disertar sobre las verosimiludes en que lo que sucede en la subjetividad humana lo hace todo. Afirmar la existencia de un Dios trascendente es, desde luego, una insensatez. La trascendencia divina no es más que la proyección mítica de un cierto temor colectivo sentido por el hombre en un momento dado de su historia. Y en general, según la filosofía pre-admitida a la que hago alusión aquí, todo lo que se refiere a otro mundo diferente del mundo del hombre no puede poner de relieve más que lo Caduco, si se trata del "viejo mundo", del antiguo realismo filosófico, o el Mito si se trata del mundo sobrenatural de las religiones.

He aquí el cielo inteligible, los Denkmittel aceptados como consecuencia natural (es decir como exigidos por la época) y los tabús a los que nuestros teólogos y exégetas más avanzados (es decir los más conformistas) han sometido su pensamiento: pobres cristianos sofisticados, es de Sócrates que ellos tendrían necesidad.

Es preciso ser muy ingenuo para enrolarse al servicio de tal filosofía si se tiene la fé cristiana (que no es nada sin la Palabra-infinitamente independiente de la subjetividad humana-de un Dios revelado infinitamente independiente de nuestro espíritu), y sobre todo si se pertenece a la religión católica, que de todas las religiones es, con la religión de Israel, -"benedicete, omnia opera Domini, Domino"- la más firme en reconocer y afirmar la realidad -irreductiblemente, espléndidamente, generosamente en sí- de los seres que el Creador ha hecho, y la trascendencia de este Otro, que es la Verdad en persona y el Ser mismo subsistiendo por sí, en el cual vivimos, nos movemos,(2) Dios viviente por la virtud del cual nosotros vivimos(3) y que nos ama y nosotros amamos,- y amar es dar lo que se es, su ser mismo, en el sentido más

absoluto, el más descaradamente metafísico, el menos fenomenizable de esta palabra. Pero todo esto también es necesario ponerlo entre paréntesis, ¿no es cierto?, para obedecer a la nueva regla de oro. Y una vez bien cogido y envuelto completamente por la filosofía en que se tiene confianza ¿qué es lo que puede suceder si no se toma el partido de renegar abiertamente de Cristo? El alma, dividida entre la duda y una nostálgica obstinación, -y una piedad llena de espanto por el mundo moderno, a la que una total refundición de la religión le parece la última muralla contra el ateísmo- va a tener que buscar remedios heroicos para hacer sobrevivir la fe en Jesucristo en un régimen mental esencialmente incompatible con ella. ¿Cómo pasarse de que tantos modernistas crean tener la misión de salvar para el mundo moderno un cristianismo agonizante su cristianismo agonizante? Es con este fin que ellos se entregan como buenos soldados de Cristo a un tan exhaustivo trabajo de evaluación hermenéutica. Y su propio fideísmo, tan contrario como sea a la fé cristiana, es, por tanto, un testimonio sincero y desgarrado rendido a esta fé.

¿Provistos de la panoplia de Dios, llenos de celo, armados de la coraza de la justicia, del casco de la salud, del escudo de la fé y de la espada del espíritu? Este equipo de San Pablo (4) ya no es bueno para ellos, no es más que una pieza de museo. Los veo más bien suspendidos con una mano de la escala de Jacob, mientras sus pies se mueven en el aire, y con la otra mano se envían uno a otro los telescritos de las más recientes hipótesis. Esto es intrépido pero hay que tener cuidado con el calambre.

El autor de "HONEST TO GOD" (5) es un obispo anglicano inconsolable ante la indiferencia religiosa de sus contemporáneos, que se esfuerza en socorrerlos acomodando las cosas divinas para que les resulten aceptables y exciten finalmente su deseo de ellas. Es también un luchador por la fé! Si nos propone un cristianismo de perro reventado que pasa flotando en la corriente (su famoso cristianismo "sin religión"), es porque él es un buen Samaritano ansioso e impotente que quiere tanto salvar a los drogados que abre una botica para darles la droga gratis a todos, en ampollas o pastillas con la etiqueta "del cordero divino". Y como el hombre es un animal tan extraño, puede ser, después de todo, que a la hora de la muerte uno de estos drogados sienta una dulzura al pensar que alguien lo ha amado y se acuerde del nombre de Jesús.

Desde otro punto de vista se puede señalar, finalmente, que si la acción temporal y las necesarias transformaciones exigidas por el estado actual del mundo parecen fascinar a no pocos jóvenes cristianos, clérigos y laicos, a tal punto que sólo esto cuenta a sus ojos, y que ellos tratan con pasión de secularizar entera-

(2) Act. 17, 28

(3) San Pablo, 2 Cor, 13, 4

(4) Efesos, 6, 13-17

mente su cristianismo -¡en adelante todo por la tierra!- el motivo profundo empero, al cual ellos dan ciegamente una prioridad absoluta es en realidad un deseo ardiente de hacer que quede en la Historia el testimonio del Evangelio. Una rareza más de la naturaleza humana: es con una fé atormentada, y tan mal iluminada como es posible, pero una fé sincera en Jesucristo, que ellos traicionan el Evangelio a fuerza de querer servirlo a su manera.

Las tres descripciones que he presentado son contradictorias entre sí, no obstante son igualmente verdaderas, porque tomando las tres en su campo, en cierto modo la masa de nuestros contemporáneos, no enfocan las mismas zonas de imantación en el alma de las gentes. Confieso que estoy cansado de tales descripciones. Porque mi objeto no era de ninguna manera hacer un cuadro sociológico o clínico de mi tiempo. Yo no me interrogo sobre él, sino a propósito de él. No es mi tiempo el que me preocupa sino las ideas que se encuentran en todas las esquinas de la calle, y algunas de las cuales es necesario limpiar.



(5) Se dice que esta obra fué publicada en francés por los consejeros de una revista, un poco maquiavélica en su ortodoxia, con el propósito de apartar a la gente del modernismo haciéndole ver la aberración final a que él conduce de abandono en abandono. Con sorpresa y pesar de los editores el libro resultó un extraordinario "best seller"; to to el mundo le ha caído encima con entusiasmo.